

RESIGNACIÓN

No besaré ya más tus labios fríos,
amada mía, cuando estés despierta:
el amor tuyo es como un agua muerta,
y mi cariño se desborda en ríos.

Si desdeñando acaso los sombríos
signos de tu aversión, llego a tu puerta
y amor te imploro con el alma abierta,
huirán tus ojos de los ojos míos.

Mejor será, para mi desventura,
esperar en la noche estremecida
que el sueño vele tu mirada oscura.

Entonces ¡oh tristeza de la vida!
me acercaré con toda mi ternura
para besarte cuando estés dormida.

ARTURO BENET

«EL ESCRIBA»

EN lo alto de la Plaza Alta o bajo las arcadas de la Chica, se solía encontrar todos los días Benito «El Escriba», como le llamaban sus conocidos, el cual andaba ya muy cerca de los cuarenta años, usaba pantalón de soldado y chaqueta de mugriento dril, gorrilla de resobada visera y alpargatas de cáñamo bigotudo. Llevaba siempre, en el bolsillo superior de la chaqueta, un pañuelo de blanco hilo, derramándosele generoso por la pechera, como único y expresivo airón de pasadas grandezas. Entre las manos portaba una carpeta de cartón que le servía de mesa y de escribanía, de almohada y de caja de caudales, de instrumento de trabajo y de título académico.

Sentado en cuclillas bajo los soportales de la Plaza, estaba aquella mañana Benito «El Escriba», con el cartapacio entre las piernas, el bolígrafo sostenido en el lóbulo de la oreja y el cigarrillo entre la comisura de los labios, medio adormilado en modorra siestera.

Llevaba más de dos horas en aquella postura y no había aparecido todavía por allí ni un mal recluta al que escribirle la carta para la madre o la novia.

La mañana era gris y el viento fresquecillo. Además, en aquella esquina mordía fuerte el filo del aire, como los colmillos de los perros cortijeros que más de una vez se habían hincado en sus carnes vagabundas.

Tenía que esperar porque sabía que la joven aquella del pañuelo de lunares rojos y blancos en la cabeza no faltaba ningún domingo. ¿Le habría ocurrido algo desagradable? ¿Estaría enferma? Empezó a inquietarse. Desde luego ya había pasado, con mucho, la hora habitual en que la joven se le acercaba con el sobre y la cuartilla en la mano.

Se acojonó al pensar que podía perder tan buena clienta.

Ya cansado de esperar, decidió dar una vuelta por el mercado. Había mucha animación aquel domingo. Allí estaba, al comenzar la calle, sentada en la acera, la mujer aquella con el frasco lleno de ranos para comprobar el secreto de la vida y, enfrente, el hombre de las novelas con empalmadas muertas en el oeste americano; la vendedora del berro, el cardillo y la romaza, a dos reales el manojo, y el hombre de los quesos recién traídos del campo; el puesto de churros, bibobas y molletes, y, más allá, el buhonero de los collares de